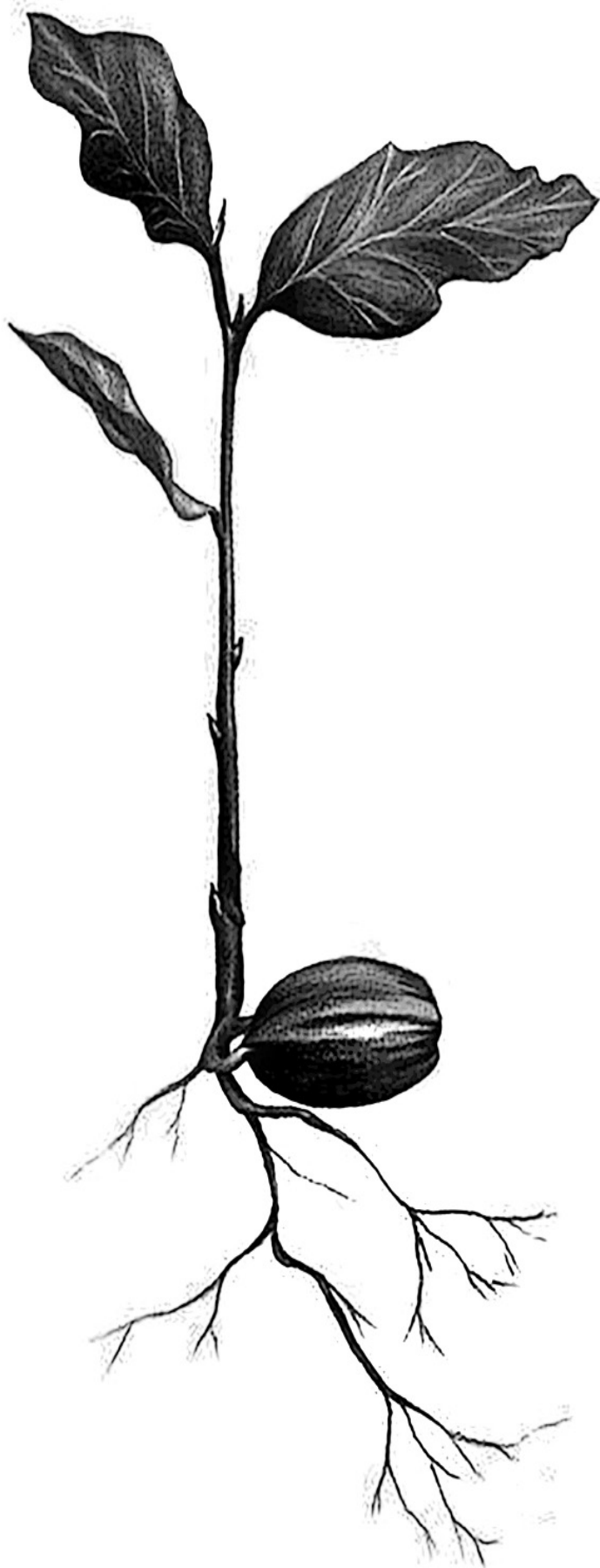


SEMILLA DEL REINO

Por Benjamín González Buelta. S.J.



¿Cómo se arriesgará
a sembrar el campesino
sin ver ya todo el tragal
en el puño apretado
lleno de semillas?

¿Cómo mirar la tierra
con ojos de esperanza
sin ver ya el bosque
en las semillas aladas
de roble llevadas
por el viento?

¿Cómo soñará
la joven pareja
sin sentir
ya en el embrión
todas las risas
y los juegos
de los hijos?

¿Cómo entregarse
por lo pequeño,
sin ver con ojos nuevos
la utopía del reino
en el brote germinal
que apenas rompe
la cáscara del miedo?

† **El mono Miguel y las aves del Reino**
Por Miguel Bravo

† **Era la semilla más pequeña, pero se
hace más alta que las demás hortalizas (Marcos 4, 26-34)**
Por Benjamín González Buelta, S.J.

† **José, un papá sembrador**
Por Rachel S. Diez

SANTORAL

D 16: Profeta San Eliseo / **L** 17: San Alberto Chmielowski / **M** 18: San Marco y Marcelliano, Mártires / **Mi** 19: San Romualdo, Abad / **J** 20: San Juan de Matera / **V** 21: San Luis Gonzaga / **S** 22: San Paulino de Nola, Obispo

El mono Miguel y las aves del Reino

Por Miguel Bravo



Había una vez un reino en el cual todos los animales vivían en armonía. Leones, elefantes, jirafas y cebras compartían el mismo territorio y se cuidaban mutuamente. Era un lugar pacífico. Pero, un día, algo extraño sucedió.

Las aves del reino notaron que algunos de los frutos que colgaban en los árboles más altos habían desaparecido. Al principio, pensaron que era casualidad, pero pronto se dieron cuenta de que algo andaba mal. Los frutos desaparecían con más frecuencia cada vez. Así que decidieron investigar, y pronto descubrieron al culpable: un simpático mono llamado Miguel.

Miguel había encontrado un camino para trepar a los árboles más altos y tomar los frutos que tanto le gustaban. Al principio, los demás animales pensaron que solo estaba buscando alimento. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que tenía un montón de frutos guardados en su escondite. Miguel no solo tomaba lo que necesitaba, sino que acumulaba más de lo que podía consumir.

Las aves se reunieron para discutir lo que debían hacer. Todos estaban de

acuerdo en que la situación no podía continuar. Decidieron llevar su caso ante el Consejo de Justicia del reino, un grupo de animales sabios encargados de resolver disputas y mantener la paz en el territorio.

El Consejo de Justicia escuchó atentamente a los pájaros y al mono. Miguel admitió que había estado tomando más frutos de los que necesitaba, pero dijo que lo hacía porque le gustaban mucho. Los pájaros, en cambio, argumentaron que lo que Miguel hacía ocasionaba escasez de frutos para los demás, lo cual no era justo.

Después de escuchar a ambas partes, el Consejo de Justicia tomó una decisión. Miguel tendría que devolver todos los frutos extras que había tomado y comprometerse en lo adelante a tomar solo los que necesitaba. Las aves estaban contentas con la decisión, ya que significaba que todos podrían disfrutar de los frutos sin preocuparse por la escasez.

La historia del mono Miguel y las aves del reino enseña una lección importante sobre la justicia. La justicia no significa quitarle a alguien lo que le pertenece, sino asegurarse de que todos tengan acceso a lo que necesitan, y que las cosas se distribuyan de manera equitativa. Miguel aprendió que compartir y ser justo con los demás es la forma correcta de actuar.

Nosotros también podemos aprender de esta historia. No se trata solo de lo que es legal, sino de lo que es correcto y equitativo. Cuando practicamos la justicia en nuestras acciones diarias, contribuimos a crear un mundo más justo y armonioso para todos.

Era la semilla más pequeña, pero se hace más alta que las demás hortalizas (Marcos 4, 26-34)

Por Benjamín Gonzalez Buelta, S.J.

Estas parábolas están elaboradas y dichas por Jesús en los comienzos de su misión de servicio al Reino de Dios.

Él mismo y su pequeño grupo de discípulo son una realidad pequeña como el grano de trigo y la semilla de mostaza. Están empezando con resultados diferentes: aceptación y rechazo. Sin embargo, Jesús está movido por una



certeza muy honda cuando se atreve a enseñar que el Reino de Dios ha llegado. Su unión con el Padre, sin fisura ninguna, lo impulsa con una confianza absoluta. Jesús va esparciendo su palabra entre las personas sencillas de Galilea, mayoritariamente campesinos, que siembran todos los años sus semillas con una confianza en la fecundidad de la tierra. La certeza de la cosecha los mueve a arriesgar en los surcos una parte del trigo que tienen para comer.

Dice la parábola que el campesino no sabe cómo crece la semilla. El misterio de la vida, aun en sus manifestaciones sencillas como el trigo, lleva una dimensión de misterio que nos asombra. El Reino de Dios es todavía más sorprendente, y puede transformar a las personas de manera asombrosa.

Estas parábolas nos hablan también hoy. Desde la confianza plena en Jesús, y siguiendo su misión, nosotros vamos sembrando su mensaje. El Reino de Dios germina en el silencio de los co-

razones, y crece poco a poco, sin anticipar su proceso por nuestra impaciencia o nuestros programas. Madura el fruto en lo alto de las espigas a la hora justa del tiempo de Dios.

En Jesús y sus discípulos todo es pequeño. Son un grupo de campesinos y pescadores, de gente sin incidencia alguna. Los medios a su alcance son escasos, no impactan a la gente sencilla con exhibiciones de grandeza. Jesús predica en la barca de Pedro o sentado en unas piedras en la tierra, utiliza las instalaciones de la

sinagoga cuando se acerca con los demás creyentes para escuchar la palabra de Dios y orar cada sábado. Jesús y sus discípulos se desplazan a pie por los caminos de tierra, y acogen con agradecimiento los alimentos que les ofrecen.

Hoy también vivimos tiempos de números pequeños y estamos lejos de las grandezas de otras épocas. Esta situación nos hace más parecidos a los inicios de Jesús. Somos servidores de la vida verdadera del Reino de Dios que crece de manera indetenible en medio de nosotros.

MENSAJE
DE VIDA

No dejes que nada te quite tu buen humor, tu alegría de vivir, tu deseo de compartir, tu entusiasmo y que tu fe sea tan visible que otros quieran tener ese gozo que hay en tu corazón.

Anónimo

Tercer domingo de junio, Día de los Padres **José, un papá sembrador**

Por Rachel S. Diez



Cada domingo José asiste a la parroquia junto a sus niñas. Se sientan en los primeros bancos. Luego les pide que pongan atención a lo que dice el sacerdote. A veces explica brevemente lo que, por su corta edad, no pueden entender. Para este padre transmitir la fe va más allá de conocimientos o buenas obras. Su insistencia en llevarlas a la Iglesia, más que un hermoso gesto, despierta inspiración.

José nació en un hogar donde se inculcó la fe. Su abuelo fue, por mucho tiempo, administrador del Arzobispado de La Habana; y aunque lo llevó a todas las catequesis de la vicaría sur, siempre prefirió la de su parroquia, Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa de Diez de Octubre, sitio al que asiste desde que tenía tres años, y al cual va con las pequeñas, ya cercanos los 40.

Tuvo buenas catequistas: Iraida, Aurora Balboa, Reglita, María del Carmen y Josyanne. Fortuna que también han tenido sus hijas, Eliza María y Ana Beatriz, de 11 y 6 años respectivamente. Nos cuenta: “En los 90 éramos poquitos, como el grupo de mis niñas ahora, pero veníamos con mucho amor y nada material nos ataba. Quiero que sientan esa libertad, esa plenitud de permanecer por opción. También trato de ser ejemplo, que vean que, aunque hay situaciones que nos ponen a prueba, debemos esforzarnos en ser mejores y coherentes. En ocasiones las

llevo a dar comunión conmigo a los ancianos, y notan que eso me llena espiritualmente”.

José es Ministro de Comunión. Aprendió a valorar este servicio en su propia vida, pues padece Espondilitis anquilopoyética, enfermedad autoinmune que se manifiesta como una forma crónica de artritis. Por dos meses estuvo ingresado y sintió la cercanía de la comunidad cuando le alcanzaban la comunión en el hospital. Su vida cambió. Las crisis cíclicas le impidieron continuar trabajando. Entonces decidió no faltar a la eucaristía, ni él ni sus niñas. Las lleva incluso en los periodos que debe usar faja permanente.

Pero José no solo ha sembrado en Eliza y Ana, es cotitular de un proyecto ambiental de desarrollo local llamado NATIVA, que busca preservar la flora autóctona cubana, de la cual casi el 90 % es exótica. Su siembra puede disfrutarse en el Hogar de Ancianos de San Francisco de Paula, la Iglesia de San José del Cerro o en las más de cincuenta especies en peligro de extinción del Centro La Edad de Oro, que acompañan las Hijas de la Caridad. La especie insigne del proyecto es rascabarriga, cuyo nombre científico es *Espadea Amoena* en honor al Obispo Espada.

José agradece los ejemplos de fidelidad y humildad que ha recibido en la Iglesia. “En el día de la Virgen de la Medalla Milagrosa hay gran festejo, pero poca gente recuerda que al día siguiente se celebra a su vidente, Santa Catalina Labouré. Es una celebración que pasa casi en silencio. Mi hija mayor nació ese día. Esa sencillez, ese anonimato lleno de paz, y la cercanía de la Virgen con los más pequeños, me motiva a mantenerme y a inculcarles este camino”.